

INTRODUCCIÓN

Estas notas sobre la organización de la actividad científica en salud conllevan un sesgo. Se basan en la experiencia y las reflexiones del autor a lo largo de 15 años de trabajo en la Organización Panamericana de la Salud (OPS), tratando de cooperar con los países de América Latina y el Caribe en la promoción de la investigación en salud. Como tal, están marcadas por una fuerte dosis de subjetividad y de intencionalidad, con la esperanza de que puedan contribuir al trabajo de los que se dedican a que las ciencias de la salud en la región cumplan más efectivamente con su cometido de mejorar la vida de la gente.

La OPS, a lo largo de sus casi 100 años de existencia, ha colaborado en la producción, selección, diseminación y utilización del conocimiento necesario para la solución de los problemas de salud de los países de la región. Las consideraciones que siguen están marcadas por esta perspectiva regional y utilitaria del conocimiento sobre y para la salud de las poblaciones.

No tenemos la pretensión de tratar de este objeto en toda su amplitud y complejidad. La ciencia de la región, a pesar de las dificultades y limitaciones, tiene una rica historia de producción, adaptación e incorporación de avances científico-técnicos que han contribuido significativamente para la mejoría de la salud y de la atención. El análisis de estos logros no es la preocupación central de estas reflexiones. Tampoco lo es el rico debate que tiene lugar en la ciencia en general y en las ciencias de la salud en particular, sobre las limitaciones epistemológicas y metodológicas de estas ciencias y sobre las nuevas oportunidades que se presentan con la construcción de abordajes transdisciplinares y con la búsqueda de nuevos paradigmas como el de la complejidad. Lo que intentaremos hacer es un análisis de la organización de la actividad científica en salud en la región, concentrando nuestras reflexiones en lo que ha sucedido a este respecto a partir de los años setenta.

Según García (1982a), la actividad científica en salud puede ser entendida como “el conjunto de procesos en los cuales se obtiene, se transfiere o se usa conocimiento científico y las condiciones objetivas y subjetivas en las cuales se desarrollan estos procesos”. La actividad científica en salud conforma un campo de la actividad social, en donde el campo es entendido como “el conjunto de procesos y actores que intervienen para que un tipo particular de producto se haga, circule y se utilice en la sociedad. Este campo tiene leyes propias, participa de la totalidad de la estructura social, pero a la vez está regido por un funcionamiento específico” (Canelini, 1990).

En nuestro caso el producto es el conocimiento y su producción se hace a través del proceso de investigación, que comprende varias fases. Empieza por la observación (“materia prima”), que será transformada en datos posteriormente procesados para producir información, la cual emerge de ese proceso productivo peculiar como conocimiento científico y tecnológico. La transformación de la información en conocimiento se hace a través de procesos de síntesis y articulación dentro de un marco de referencia conceptual que la colocan en un nivel supracontextual. El conocimiento, por lo tanto, consiste en información puesta fuera de su propio contexto y situada en un contexto más general que permite comprender otros contextos y nuevas situaciones. El conocimiento es jerárquicamente superior a los datos y a la información, pues los conceptos, modelos y teorías —que son característicos de la esfera del conocimiento— pueden enfrentarse con la complejidad de nuevos objetos, ya que no están limitados por los lazos estrechos que hacen a la información dependiente de contextos, poblaciones o situaciones de referencia (Almeida Filho, 1999a).

El proceso de producción del conocimiento involucra diversos elementos, entre ellos los investigadores, con requisitos especiales de formación y de condiciones de trabajo; instrumentos teórico-metodológicos y materiales muy específicos (que deben ser dominados e incorporados), y unidades físicas singulares como son las unidades de investigación. Los procesos de circulación y de incorporación del conocimiento en el ámbito de las distintas actividades sociales, en particular la producción de bienes y servicios de salud y de bienestar, tienen también mecanismos y requisitos especiales para su desarrollo.

Estos tres procesos básicos de la actividad científica —producción (investigación), circulación e incorporación del conocimiento— están inmersos en una totalidad social a la cual influyen; a su vez, también

son influenciados, principalmente a través de instancias mediadoras como las de financiación, formación de recursos humanos, legitimación, legislación y normas, canales de diseminación y comunicación de información, estructura de los sistemas de salud y otras.

La dinámica de desarrollo de la actividad científica, sus características y orientaciones, está condicionada por las relaciones que establece con la totalidad social (factores externos) y por su propio funcionamiento específico (factores internos). En este particular, aún es actual el debate entre los sociólogos de la ciencia sobre la importancia relativa de los factores internos y externos. Esto divide a los sociólogos en “internalistas” y “externalistas”, según enfaticen la importancia de los factores internos en los descubrimientos y en la definición de las necesidades cognoscitivas (internalistas) o, por el contrario, busquen destacar el rol de los factores externos en la determinación de la dirección de la ciencia (externalistas) (Spinak, 1998).¹

Sin profundizar en este debate, adoptaremos un enfoque conciliatorio que reconoce la importancia tanto de los factores externos como internos, los cuales establecen una relación de interdependencia, entrelazándose e influenciándose recíprocamente (Kedrov, 1977). Los factores externos están relacionados con la vida material de la sociedad —como el nivel de desarrollo socioeconómico, la educación y la cultura— y son ellos los que plantean las demandas sociales a la ciencia. Los factores internos, de naturaleza lógico-cognoscitiva, confieren una lógica intrínseca al desarrollo de la ciencia y por lo tanto una relativa independencia de los factores materiales, ya que permiten reconocer que, en cada etapa histórica, el ulterior progreso de la ciencia está condicionado por el material cognoscitivo acumulado durante el período precedente. En otras palabras, si no existe la necesaria madurez dada por acumulación de conocimientos e instrumentos, determinadas demandas sociales no encontrarán la respuesta adecuada por parte de la ciencia y, por otro lado, ciertos hallazgos científicos se detendrán en su progreso si la sociedad no está preparada para incorporarlos.

En determinadas épocas históricas algunas ramas de la investigación o algunos problemas logran atraer la atención de un gran número de científicos, transformándose en promotores de un gran impulso en la diná-

¹Para una buena revisión de las diversas corrientes de la sociología de la ciencia desde distintas perspectivas, sugerimos los escritos de Vessuri (1994a) y Bunge (1993).

mica de desarrollo de la ciencia. Se trata de los llamados problemas cardinales, los cuales se plantean ante la ciencia simultáneamente tanto desde el punto de vista de las demandas de la práctica, como desde de la lógica interna de desarrollo de la propia ciencia. Ejemplos de estos problemas abundan en la historia de las ciencias y pueden encontrarse hoy principalmente en áreas como la biología molecular y las ciencias de la computación, entre otras.

Existe, sin embargo, un tercer elemento (además de los factores internos y externos) también esencial para el desarrollo de la ciencia, y es el que tiene que ver con la identificación de los problemas cardinales en un momento histórico dado. Este proceso de identificación tiene una dimensión individual y subjetiva, o sea, depende de la percepción y de la creatividad del científico, pero también tiene una dimensión social y colectiva. Con la institucionalización de la ciencia y su consolidación cada vez mayor como práctica social, esta dimensión colectiva tiende a ampliarse. De hecho, hoy es un proceso eminentemente social la promoción de la confluencia entre los factores externos e internos para la generación de los problemas cardinales, así como la identificación de estos problemas y la creación de la infraestructura y de los recursos científico-técnicos para enfrentarlos, es decir, para generar, diseminar y utilizar el conocimiento que permita intervenir sobre ellos. A este proceso social, objeto principal de las reflexiones que siguen, lo denominamos organización de la actividad científica, la cual está orientada por una política de ciencia y tecnología, entendida como el conjunto de principios, lineamientos, decisiones, instrumentos y mecanismos que persiguen el desarrollo científico y tecnológico en el mediano y largo plazo (Martínez, 1994).